

EN PUNTO



TORRIJOS

pensado. Torrijos regresó velozmente, dio su contragolpe, encerró a los culpables, descubrió a sus cómplices y se reinstaló en el poder. Se sospecha que el golpe estaba preparado desde Washington, personalmente por Nelson Rockefeller, cuyos enviados especiales visitaron recientemente Panamá. De hecho, los golpistas habían acusado a Torrijos de sostener a los comunistas. Podría ocurrir que ahora Torrijos, reinstalado, intentase una política de separación visible de los Estados Unidos, al estilo boliviano o peruano. Probablemente esa misma apariencia era la que intentaban darle los coroneles fracasados. Torrijos les ha quitado el poder, puede haberles quitado el temario.

U. S. A.

¿RENACERAN LOS «PANTERAS»?

La opinión americana no ha manifestado nunca tanta simpatía por los Panteras Negras como en el momento de su exterminio. Esta cruel ironía no es nueva: un Negro, antes de ser héroe, tiene que ser víctima. La decapitación de los Panteras Negras parece haberse consumado. Todos los fundadores del movimiento o bien han muerto, o han sido encarcelados o se han exiliado. Los que siguen en libertad se mantienen en la clandestinidad o tendrán que fugarse del país. Es posible que un día vuelvan a renacer los Panteras. Ya no serán las mismas fieras.

Encabezando la comisión de investigación que acaba de crearse para estudiar el caso se encuentran Roy Wilkins, de la Asociación Nacional para el Progreso de los Negros (N. A. A. C. P.); Whitney Young, de la Liga urbana, y Jack Greenberg, del Legal Defense Fund. Pues bien, estos hombres han estado condenando personalmente y en nombre de su organización, desde hace tres años, la «violencia» de los Panteras, legitimando así la represión de la policía. No obstante, no hay duda de que la comisión publicará en un informe crítico sobre los excesos de la policía en su lucha con-

tra los Panteras, reclamando formas más humanas de represión. Y todos dejarán de llorar la suerte de las víctimas.

Históricamente, el partido de los Panteras Negras nació del disgregamiento del Movimiento pro Derechos civiles en los estados rurales del Sur —movimiento animado, al mismo tiempo, por blancos y negros— y de la aparición de un movimiento negro de liberación en las grandes ciudades del Norte.

Newton, Seale y Cleaver han dado mayor importancia al espíritu revolucionario de los «ghetos» urbanos que a las teorías idealistas de las universidades blancas. A pesar de que siempre han abundado en la literatura del partido las referencias a China, los Panteras Negras son, en el fondo, revolucionarios «nacionales». Antes de que la «nueva izquierda» blanca descubriese la necesidad de una transformación revolucionaria de la sociedad americana, los Panteras habían formulado un programa socialista y habían empezado a organizarse para llevarlo a cabo. Y los Panteras tenían armas.

Los Panteras pasaron al primer plano de la actualidad. Cleaver se convirtió en la nueva estrella revolucionaria, el «Che» americano, una especie de «beatle» negro armado. Activistas y delincuentes negros, indistintamente, empezaron a bautizarse con el nombre de Panteras. Al mismo tiempo, agentes de la policía local o federal iniciaron la infiltración.

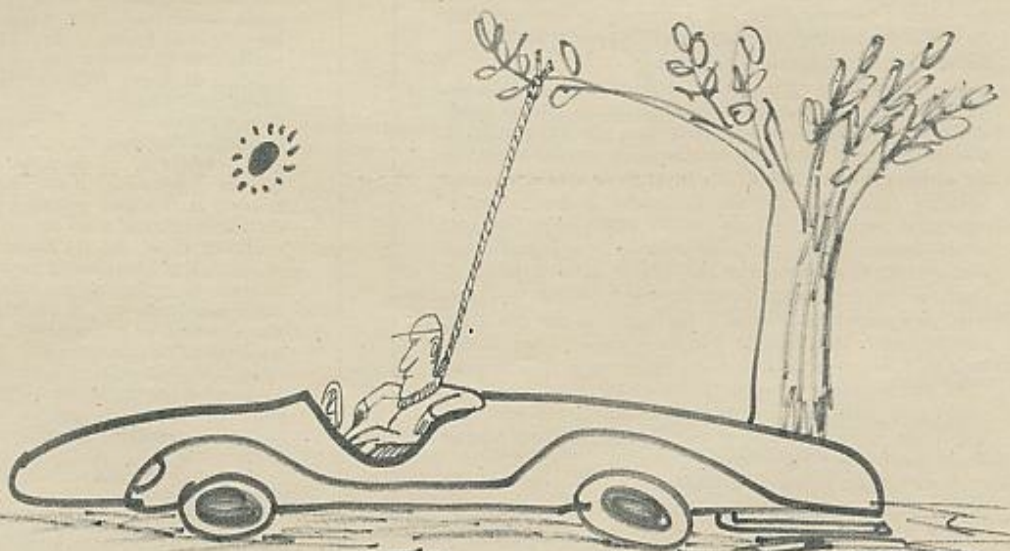
Es casi seguro que nunca ha habido en Estados Unidos más de algunos centenares de Panteras Negras auténticos, pero los órganos de información exageraron tanto al hablar de la amenaza que aquéllos representaban, que el americano medio tenía la impresión de que había por lo menos diez mil.

La policía se dedicó entonces a perseguir a los Panteras, en Oakland y en otras partes. En octubre de 1967, Huey Newton fue interceptado en su coche en unión de varios otros miembros de los Panteras; se produjo un intercambio de disparos en el curso del cual murió un policía y Newton resultó herido. Newton fue acusado entonces de asesinato.

Dos meses después, la policía de Oakland detuvo otro automóvil de Panteras; mató a Bobby Hutton, hirió a Cleaver y puso en la cárcel a todos los supervivientes. Los negros contestaron con grandes manifestaciones callejeras y amenazas implícitas de represalias.

El año 1969 ha sido un año de pesadilla para los Panteras. Veintitrés dirigentes o militantes han caído víctimas de la policía; veinticinco se han tenido que refugiar en el extranjero; más de un centenar están en la cárcel, de ellos veintisiete acusados de diversos crímenes. La policía ha terminado por sentirse libre para matar, saquear las oficinas de los Panteras Negras y detener a los militantes sin justificación alguna.

Como quiera que su situación era cada vez más angustiada, los Panteras adoptaron una nueva estrategia: en lugar de insistir en la necesidad de la lucha armada, volvieron a adoptar la consigna maoísta de «servir al pueblo». Lanzaron entonces, en Oakland, un programa de «desayunos gratuitos» para niños negros. La experiencia tuvo un éxito notable y fue aplicada en otras ciudades. Pronto se hizo evidente, sin embargo, que a los niños les servían un poco de política al mismo tiempo que «corn flakes», y las autoridades locales hicieron lo posible por sabotear el programa.



CHUMY
CHUMÉZ



LOS PELIGROS DE LA MAXIFALDA

WASHINGTON.—Me he abstenido de hacer comentarios sobre la maxifalda, con la esperanza de que iba a desaparecer. Pero como cada día veo más, no puedo callarme por más tiempo.

No soy precisamente un mojigato en cuestiones de ropa femenina, pero cuando las señoras de buena familia comienzan a enseñar sus tobillos en público, es que algo marcha mal.

Nuestra sociedad no está preparada para la maxifalda. La impresión de ver a una dama de buena posición pasear por la Quinta Avenida de Nueva York, con la parte final de sus piernas sobresaliendo de la falda, puede destruir la moral de la nación. ¿Cómo puede un hombre concentrarse en su trabajo cuando es deslumbrado por el vergonzoso espectáculo de unas mujeres que muestran la parte más baja de sus piernas frente a cualquier hijo de vecino?

Un tobillo bien formado induce malos pensamientos en cualquier hombre normal, y las mujeres que llevan maxifalda están excitando y provocando, sin saberlo, a los hombres. Confieso que hasta alguien como yo, que ha llevado una existencia pura y monástica, encuentra difícil contener su admiración al ver una maxifalda. Se enseña demasiado para poder resistirse. Sólo con una gran fuerza de voluntad he podido resistirme a la tentación de levantarme y tocar para ver que aquello era verdad.

Lo peor, para todos los hombres, es el momento en que la mujer con maxifalda se sienta. La falda resbala y entonces vemos parte de las espinillas. Y, aunque lleve medias, el efecto puede enloquecer a un hombre.

Más de una vez he visto a mujeres que, a propósito, levantan la falda dos, tres y hasta cuatro centímetros sobre los tobillos, con coquetería, sin pensar en las consecuencias. No se dan cuenta de que con este atrevido gesto el hombre que las ve se siente inclinado a besarlas.

Al considerar el daño que las maxifaldas están causando, no hablo sólo en mi nombre. Tengo un amigo que no puede dictar cartas a su secretaria desde que ella usa maxifalda. Cuando se sienta, cruzando las piernas y enseña las botas, mi amigo se pone nervioso. Ya le ha dicho que si continúa usándola tendrá que despedirla. Conozco a otro señor, de reputación impecable, a cuyo nombre jamás se ha asociado el más leve escándalo, que subió al coche de la esposa de un amigo suyo. Para conducir mejor, ella se subió la falda. Alguien los vio y mi amigo quedó tan comprometido que tuvo que irse a vivir a otra ciudad. Estoy seguro de que hay casos, muchos casos, semejantes y que las maxifaldas han destruido más de un hogar feliz.

El peligro mayor de la maxifalda es que si se acepta, los modistas se animarán y, poco a poco, irán acortándola. Este año se enseñan los tobillos; el año próximo, la parte inferior de las piernas, ¿a dónde vamos a parar?

A menos que paremos la tendencia y rechacemos la maxifalda como inmoral, nuestras mujeres se convertirán en objetos de exhibición... Porque, después de todo, a pesar del estricto clima moral en que ahora vivimos, no somos de piedra...

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

Los Panteras Negras trataron de lanzar, entonces, otro programa menos comprometedor —la creación de dispensarios médicos gratuitos

en los barrios negros—, pero sólo pudieron montar unos pocos, debido a la escasez de sus medios económicos. ■ M. H.



Hospital para drogados

EL MILAGRO DE DAYTOP

Daytop es una comunidad de fines terapéuticos que funciona como una comuna popular y en la que se cuida, haciéndoles vivir juntos, a los drogados, principalmente a las víctimas de la heroína. Daytop fue fundada en Nueva York, en Staten Island concretamente, en 1964. Desde 1958 existen comunas similares en la costa californiana, entre otras, los establecimientos de Synanon. Lo que les interesa es triunfar donde la ley y la represión policíaca han fracasado siempre, lo mismo que la medicina oficial. En los hospitales se reemplaza oficialmente la intoxicación de la heroína por otra, la de la metadona, que es un narcótico sintético. De este modo, el drogado ya no tendrá que robar para financiar sus compras de heroína; pero se convierte en un enfermo incurable controlado, que, en todo caso, puede readaptarse socialmente, pero que sigue siendo un intoxicado en toda la extensión de la palabra, puesto que depende de una droga. En Daytop no hay ni policías ni psiquiatras ni droga sustitutiva. No hay vigilantes ni vigilados. Y la gente se desintoxica. Para mí esto es un milagro. Tenía ganas de ver nuevos métodos de aproximación terapéutica. En el psicoanálisis, el

terapeuta nunca está implicado respecto a su cliente. En Daytop he hallado una aproximación que se sitúa al nivel de la relación con terceros. Del amor. Cada cual es el terapeuta del otro. Antes no conocía la droga. No hablo, naturalmente, del haschisch o de la marihuana, que he fumado, «como todo el mundo», en Estados Unidos. Pero durante mi estancia allí he tomado LSD y probablemente no volveré a tomarlo, salvo, eventualmente, pequeñas dosis de 50 microgramos. Lo he tomado dos veces. Una, 250 microgramos, y la otra, 500. Pero no quiero volver a correr riesgos, aunque sean mínimos. Cuando lo hice me interesaba demasiado el tema, y no me arrepiento, porque se trata de una experiencia fantástica. Pero en lo que se refiere a la heroína, siempre me he resistido, es francamente peligroso.

Cuando llegué a Daytop y les dije que era un psicólogo se rieron. No sienten el menor respeto por la medicina del «establishments». Rápidamente me convertí en su «hermano». Me quedé allí ocho días y luego comprendí que si quería comprender realmente no debía seguir siendo «el invitado». Me instalé en